

Me arrepentimiento

Entró en casa. Cerró la puerta tras él.

Dio un par de pasos y dejó caer la bolsa de viaje a sus pies. Intuyó, en la semioscuridad, el interruptor y encendió la luz.

Inmóvil, Miguel recorrió con sus pequeños ojos pardos la estancia. Hacía frío. Se quedó con el abrigo puesto.

Los latidos de su corazón se aceleraban a medida que observaba el mobiliario, las fotos colgadas en las paredes, los libros antiguos y otros objetos que se encontraban allí.

Andaba lento. Como si llevara un gran peso sobre sus hombros.

Miró a su derecha. Se fijó en el dormitorio de su padre; las sábanas revueltas, la manta en el suelo, la cama sin hacer.

Pasó por las dos siguientes habitaciones; sus puertas estaban sin abrir. Ni siquiera entró.

Llegó a la cocina que se situaba al fondo de la vivienda.

—Los platos de su última comida —manifestó, Miguel, en voz alta.

Estaban encima de la mesa, sin recoger. Las migas en el suelo, sin barrer.

Dio media vuelta; caminó con pasos cortos arrastrando los pies hacia el salón; lo examinó y escuchó el silencio.

Además de helada, la casa daba la sensación de vacío.

Llevaba cerrada tres días. Tres días que su padre, don Antonio, había fallecido. La casa reflejaba la soledad en la que vivía.

Miguel reparó en la chimenea, las cenizas sin recoger; decidió encenderla para conseguir un poco de calor. Con gestos pausados cogió unos troncos, papeles de periódico y un encendedor.

Se sentó en la butaca donde su padre siempre descansaba. Asió la botella de whisky que estaba encima de la mesa baja, junto a su copa, sin terminar. Con manos temblorosas se sirvió.

Entraría en calor tomando un trago —pensó.

Su mirada triste se fijó en las llamas que desprendía la madera. El crepitar del fuego, así como el calor que emanaba, llevó a Miguel a unos olvidados recuerdos.

En frente, encima de la chimenea, se hallaba una fotografía suya de cuando era un niño de ocho años, acompañado de su padre. Ese día fueron a pescar... fue el único día.

Cerró los ojos.

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, sonrosadas, debido al calor del fuego y de la bebida.

Empezó a hablar, solo, dirigiéndose a su padre.

—Padre, cuanto siento tu pérdida. Cuántas veces querías que fuera contigo a pescar o a cazar, y yo siempre te decía que no...

Cuando era pequeño, me iba contigo, al campo; al mercado, pero...pero la niñez pasó rápidamente. Luego vino la adolescencia y me iba con la pandilla; de mayor con la novia.

(Se detuvo unos segundos, para tomar algo de bebida)

...y cuando me casé, mi trabajo y la familia fueron mi prioridad. Me olvidé de ti; lo reconozco.

(El llanto de Miguel se hizo más fuerte)

Siguió con su monólogo:

—Me llamabas muchas veces y yo nunca estaba en casa. Papá, cuanto lo siento...ahora ya no estás...

(El llanto de Miguel continuó)

...y me doy cuenta de lo que he perdido. Nunca acudía cuando me necesitabas, que lo que pretendías era pasar tiempo conmigo, con los niños... Yo me negaba siempre. ¡Padre!... ¡papá!...— dijo, Miguel, casi gritando —lo siento mucho...mucho —terminó susurrando.

Miguel no dejaba de llorar. Le temblaban las manos y el cuerpo. Tomo un poco más de whisky. Intentó tranquilizarse.

Siguió hablando, solo:

—Padre, perdóname por no haber estado contigo cuando me lo pedías. ¡Perdóname! He sido egoísta con mi vida, con mis cosas... no hay nada que justifique mis acciones. Te dejé de lado... el tiempo pasa muy deprisa, los años incluso; llega la vejez, y un día, la muerte viene y nos lleva con ella. Te llevó...

(El llanto ahogaba sus palabras)

...padre lamento no haberte acompañado en tus actividades que tanto contaban para ti.— acabó diciendo mientras se cubría la cara con las manos y movía su cabeza de lado a lado, entre suspiros y más suspiros.

(Poco a poco, se fue serenando)

Al cabo de unos minutos Miguel se levantó, removió los troncos en la chimenea y se quitó el abrigo. Lo dejó caer al suelo. Cogió la fotografía. La miró y, con voz temblorosa, murmuró:

— Padre, estés donde estés...quería que supieses...que...que te quiero. Qué lástima no habértelo dicho en vida... ¡Lo siento!

Dicho aquello, se sentó en la butaca, tomó otro trago de whisky y abrazó la foto. El calor, el llanto y la bebida le dejaron agotado.

Miguel cerró los ojos enrojecidos por el llanto. En su cara se dibujó una leve sonrisa. En su mente, él y don Antonio se abrazaban.

Miguel se quedó dormido, en paz, consigo mismo.

Lourdes Marie Hernández Ayora

